



H. Marte, litog.

Lito de Murguía y C^{ta}.

LA CHIERA.



LA CHIERA.



A *Chiera*, como la golondrina, solo en tiempo de verano aparece en nuestro suelo. Su vida pública es ligera y fugaz como la de la mariposa, y lo mismo que á esta siempre la veremos entre aromas y entre flores; siempre inquieta y vivaracha empeñada en aprovechar los dias que dura su aparicion efímera. Mas por muy pasajera que sea su aparicion; por corto que sea el tiempo durante el cual la *Chiera* se exhibe, no por eso su retrato deja de ser difícil y peliagudo, como el de toda hembra que tiene sus dares y tomares con el público. ¡Cáspita! me encuentro, lector mio, con mas ganas de presentarte el tipo de un cosaco, que no el de la personi-
lla cuyo nombre encabeza el presente artículo. . . . Sí; porque esa muger es una cuestion viviente; un problema cuya incógnita se halla en-
vuelta entre la misma *chiera* y el oficio que ejerce.

Espliquémonos un poco mas.

La *Chiera* pretende tener una cualidad que ninguna muger ha ambicionado, contando por supuesto desde nuestra madre Eva. Es una muger excepcional; una hembra que no tiene conciencia de lo que dice, y si la tiene, sus palabras, sus ofertas deben ser necesariamente un sarcasmo, una amarga ironía arrojada á las barbas del sexo masculino; sobre todo cuando las susodichas ofertas y palabras son hechas y dichas por una *Chiera* de 18 Abriles; risueña como la estacion en que aparece; tan linda como sus flores; tan fresca como ellas, y tan *sin espinas* como sus amapolas escarlatas. Una *chiera* de este jaez es una sirena domesticada, un juglar hembra, una muger temible que pretende comunicarnos lo que menos puede dar!—Y no me salgan Vdes. ahora con que soy un visionario, un meticoloso, y que no sé lo que me digo. Examinemos primero cual es la mision que desempeña ese insecto precioso oculto entre las flores, y entonces podrán decir Vdes. si tengo ó no razon.—Veamos:

¡El oficio de la *chiera* es refrescar!

¡Lelos se han quedado Vdes.!—Eh? qué tal? Habrá hija de Eva que haya tenido alguna vez semejante extravagancia? Paréceme que no, y de lo contrario *Montauriol* fuera un mal peluquero, *Celine* una costurera de municion, y *Palacios* un zapatero de viejo. Esta es por lo menos mi opinion, y querer convencerme, de lo contrario seria lo mismo que hacerme creer que las piernas y talones no me sirven para andar.

Pero prescindamos de si la *Chiera* puede ó no cumplir lo que promete; esto es, si puede refrescar al prójimo, ó incendiarle con el auxilio de sus flores, sus negros ojos y sus monerías. Dejemos, pues, esta cuestion para los *hombres-termómetros*, (especie que algun dia daremos á luz), y examinemos á la criatura refrigeradora que nos sirve de tipo.

El Carnaval con sus disfraces, cascabeles y chillidos de rata, acaba de pasar para no volver sino como los recaudadores de diezmos, despues de pasado un año. En los dias del mes de Marzo, en que será preciso suponer que nos hallamos, el sol comienza á levantarse mas temprano para los que no tienen palco en la ópera, ni vecinos mal casados. El cielo aparece limpio y azulado, y las mañanas, á guisa de chicos de la escuela, se presentan frescas, risueñas y juguetonas, segun ha dicho cierto poeta en estos tiempos de prosa. Pues bien; en una de tales mañanas, si Vdes. se toman la molestia de dar un páseo por las calles de México, se encontrarán, de buenas á primeras, en alguna esquina con media docena de *huacales*, colocados unos sobre otros; algunas ollas, que en caso apurado, podrian servir de baño, y dos ó tres cestos enormes que contienen multitud de flores, vasos, jcaras, azúcar, limones y cantaritos. Semejantes adminículos no son ciertamente bienes mostrencos, sino que tienen una propietaria; propietaria que debe contar de diez y ocho á veinticinco abriles, edad indispensable, si se quiere establecer un comercio activo y lucrativo.

Ahora, si alguno desea ver un poco mas, suspenda su marcha y examine á la dueña de aquellos aparatos, seguro de que no le pesará, pues la personita lo merece. Veamos, que yo tambien me cuento en el número de los curiosos.

Hétela allí: con una rapidez prodigiosa la pequeña mano de la propietaria va cubriendo de esquisitas flores el frente y los costados de su mostrador improvisado. La infatigable criatura es una imágen del movimiento continuo: se afana, se agita, va y viene; da vueltas al rededor de su obra; se retira un poco y examina el efecto que causa el matiz de sus flores, colocadas con cierto arte; vuelve y abandona en el canasto un puñado de amapolas purpurinas y toma otro de dahalias ó de chícharos, que en seguida va colocando en su cortina, matizada con estudiada simetría. En medio de tantos movimientos, la ninfa de las flores ora se inclina á un lado y nos deja ver una cintura flexible y delgada, ceñida por una coqueta banda escarlata; ora hácia el otro y nos muestra el picaresco perfil de una cara zalamera y pecaminosa: en seguida, dando á su cuerpo la longitud posible, procura colgar una sarta de cantaritos en los verdes arcos que adornan su agradable tienda, y entonces nos permite ver el extremo de una pierna perfectamente modelada y un pequeño pié comprimido en un magnífico zapato de raso de color. Luego, por último, en una de sus muchas maniobras la veremos inclinarse hácia el curioso espectador, alelado con tan provocativo espectáculo, y entonces por una mera casualidad observamos su adornada camisa, blanca como el azúcar, pero cuya camisa holgada está construida de modo que no embarace el continuo movimiento de su dueño. . . . Oh! en este instante, carísimo lector, despues de lo que has visto, puedes dar la vuelta y seguir tu camino: de no hacerlo, te espones á perder muy pronto los estribos. . . .!

Esta es la *Chiera*; esta la que hace poco hemos comparado con la mariposa, llena de movimiento, de encantos y de vida. Pero esa misma muger, pasada una hora, habrá concluido su laboriosa tarea, y colocada tras de su florido aparato, mostrándote su carita risueña al través de sus vasos llenos de esmeraldas, ópalo y topacios líquidos; esa misma muger, repito, con cierto aire candoroso y con acento acaramelado te dirá: *Chía, orchata, limon, piña, tamarindo, ¿qué toma usted, mi alma? Pase usted á refrescar!*

Ahora, que se me pudra la lengua si hay un alma de cántaro, de esas muy inflamables, que se refresque con un vaso de *chía*, despues de haber estado al sol media hora observando tan incitantes aparatos! Sin embargo, preciso es allegarse al *puesto* para examinar mas de cerca aquella tentacion. La sed que antes acaso ó no existia en el individuo, ó si existia era de otro género, ahora se va aumentando á medida que el espectador se aproxima á la *linda fuente* donde piensa apagarla. Este es el momento en que la *Chiera* redobla sus afanes.

Apenas ve venir su parroquiano, cuando con mas empeño lanza al aire la letanía de sus refrigerantes, y aun no bien el sediento llega al puesto cuando ya la Chiera ostenta un vaso en la una mano, y una jícara roja y plateada en la otra: repite su consabida canción, terminada con el provocativo: *¿qué toma usted mi alma?* y en seguida, veloz como el viento, saca con la jícara de una de las ollas cierta cantidad de agua fuertemente azucarada; la echa en el vaso; la mezcla con la *chía* ú orchata, ó bien con una infusión de piña, limon, ó tamarindo, y en un abrir y cerrar de ojos le presenta á su *marchante* un todo tan completo, unido y amalgamado, que causaria envidia al matrimonio mas pacífico. El bebedor, antes de beber, bebiendo, y despues de haber bebido, no quita la vista de la *Chiera*, y conoce que si por la boca le ha entrado un refrigerante, por los ojos se le ha filtrado una cosa parecida al alquitran. Exasperado al ver que la *Chiera* permanece indiferente á las miradas, el comprador, si es *inflamable* y hombre que no se da por derrotado, aprovecha la ocasion al poner medio real en manos de la *Chiera*, y obtiene entonces.... una muequilla desdeñosa que le deja boquiabierto!

Por fortuna, no todas las *Chieras* son flores ó mariposas, ni todas tienen piés pequeños, zapatos de raso, ni camisas de alfeñique. Las hay de todas clases y condiciones, menos viejas por supuesto, porque éstas muy bien conocen el efecto que causaria un murciélago plantado en un florero seductor.

La *Chiera* no es planta que solo vegeta en las esquinas, no; en éstas y en los portales, en las plazas y zaguanes, en cualquier sitio, en fin, puede colocar su trono de amapolas esta diosa de la frescura, desplegando en él mas ó menos esplendor; pero siempre sin alterar la sustancia de su fresquísimo aparato. Por eso verán vdes. que los puestos de las *Chieras* son como los periódicos; solo cambian en la *cabecera*: en cuanto al *fondo*, todos son lo mismo. En efecto, de los puestos unos terminan en un arco de flores colocado al frente; otros lo tienen en el mismo punto, y ademas en las partes laterales; otros, en fin, están resguardados de los rayos del sol por un ligero sombrero de lienzo, ramas ó prosaico *petate*, y los mas no tienen otro pabellon que el del cielo.

La estacion de las *Chieras* comienza con la cuaresma y termina poco despues de la Semana Mayor. En los dias santos se multiplican las vendedoras de *chía*: las nuevas cofrades ostentan mayor lujo, y establecen su comercio mas en grande, improvisando salones en la plaza principal, y llenando éstos de asientos, no muy cómodos, para los consumidores. Sin embargo, seremos justos: en los dias de la Semana Santa, cuando una lluvia de fuego se desprende del cielo, se experimenta una verdadera delicia al penetrar en uno de tales puestos y tomarse una jícara de *chía* con limon, ó un vaso de espumosa orchata.

Tiempos atras, los jóvenes calaveras y elegantes pasaban parte de la noche en aquellos frescos recintos, bebiendo *chía* y rompiendo vasos; mas hoy jamás penetra en ellos la gente de alta alcurnia, y solo están reservados para el pueblo y alguna persona de la clase media. La aristocracia tiene su *Chiera* por separado, ó por mejor decir, la tenia, supuesto que ha terminado su carrera y pasado al otro mundo en el presente año, la célebre *Chiera* del portal de las Flores; muger afortunada y aristócrata, que hacia detener los coches enfrente de su puesto, y que los elegantes, impacientes y quisquillosos en la fonda y el café, esperasen allí sumisos que la *Chiera* despachase diez parroquianos para que á ellos les llegara su turno refrigerante. Esta *Chiera* fué la escepcion de la regla en todo y por todo. No pregonaba sus *aguas frescas*; no prometia á sus marchantes masculinos lo que ella sí podia cumplir, con el auxilio de su esquisita orchata; desterró de su puesto los arcos de adorno y los cantaritos para regalar á niños y mugeres; el número de las molenderas de pepita de melon, colocadas á los piés de la *Chiera* afortunada, era mayor; y en suma, no se podia llamarla mariposa, por ser su vida pública de mas larga duracion....

En la mayor parte de las poblaciones de la república es conocida la *Chiera*, cuyas aguas, sobre todo en Querétaro, son superiores á las que con tanto afan se pregonan en Méjico. El tipo en aquellos mundos de Dios sufre algunas variaciones, y decirse puede que son mundos al revés, supuesto que hay lechuzas que habitan entre flores, y que no cantan, conociendo sin duda que sus graznidos causarían una especie de motin, en el cual no se cerrarian las puertas, sino los bolsillos.

Pero en cambio, lo repetimos, las *aguas frescas* son mas deliciosas; los puestos matizados con mejor gusto; los vasos de adorno mas numerosos, y las aguas que éstos contienen, divididas en capas de tres y cuatro colores, son mas brillantes, diáfanas y cristalinas. Ninguno que haya visto una sola vez el puesto de la *Chiera Tulitas*, en Querétaro, podrá olvidar á esa muger que, semejante á una maga, parece que ha encerrado al *iris* dentro de sus vasos limpios y puros como el diamante.

Hasta aquí hemos intentado presentar el tipo de la *Chiera*; *tipo esencialmente mejicano*, y que solo se parece un poco, segun nuestra humilde opinion, al vendedor de aguaducho [*aquaiolo*] en Nápoles. Tampoco la tienda de la *Chiera* puede compararse del todo con el tipo italiano, por faltarle á nuestra *chía* los barriles movibles, la nieve, las pinturas estravagantes, las manos colosales y las flamantes banderolas que adornan la tienda del *aguaducho*. La semejanza solo consiste en que éste y la *chía* se espenden á pleno viento. Hecha esta pequeña digresion, terminemos nuestro artículo.

Deciamos haber intentado presentar el tipo de la *Chiera* en el tiempo en que merece tal nombre, á causa de darse en espectáculo. Mas,

la cuaresma pasa; la *Chiera* desaparece, y entonces el buscarla seria lo mismo que buscar un grano de chía en un saco de mostaza, ó un vagabundo cometa en el espacio; y aun seria mas difícil que lo segundo, porque la *Chiera* no tiene *raño*, y si lo tiene, hasta ahora nadie se lo ha visto, aclaracion que hacemos en descargo de nuestra conciencia. Pero á falta de cola, tiene lengüecita mas de la regular, y por eso la oirán vdes. que dice, cuando algun caluroso tiene mas sed de la necesaria:—“*Ya le dije lo que hay. Yo soy tan fea como tan clara, y no quiero tener raño que me pisen*”....—Y dice muy bien la bellaca, ¡vive Dios!—¿Sabes por qué, lector mio?—Voy á decírtelo:

La *Chiera* es como la lotería: á todos promete mucho; á todos llena de esperanzas; cada cual cree tenerla en el bolsillo, y al fin y al cabo uno solo es el que la obtiene.—*R.*

Agosto 26 de 1854.

